



Bernardita Eltit:

“No creo que la Monja Alférez haya sido una mujer”



Daniel Rozas

Una niña huye de un convento, se viste de hombre, cambia de nombre, se convierte en soldado y termina combatiendo en la conquista de Chile. La historia de la Monja Alférez suele contarse como una rareza pintoresca, pero detrás hay violencia, guerra y represión colonial, además de una profunda ambigüedad de la condición humana. “Es un personaje difícil de encasillar. Fue monja y dejó de serlo, fue soldado y participó en procesos de conquista y colonización. Puede leerse como una mujer guerrera o, desde hoy, como una figura vinculada a lo queer o a lo trans”, dice la académica Bernardita Eltit.

Hoy, la figura de Catalina de Erauso, nombre original de la autora de «Historia de la Monja Alférez», vuelve a discutirse a partir de una investigación de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV), que busca revisar cómo se construyó ese relato.

Eltit, doctora en Literatura y a cargo del proyecto, propone leerla sin idealizar-

La académica de la PUCV lidera una investigación sobre Catalina de Erauso, la mujer que huyó de un convento para convertirse en soldado durante la conquista de Chile. “Puede leerse como una mujer guerrera o, desde hoy, como una figura vinculada a lo queer o a lo trans”.

la y usar su historia para entender cómo se construye el pasado y por qué todavía pesa en el presente. Hablamos con ella para entender por qué la Monja Alférez sigue siendo una figura incómoda.

—Hoy muchas lecturas convierten a la Monja Alférez en un referente de de-

bates actuales. ¿No es forzar a Erauso para que encaje en discusiones que no existían en su tiempo?

—Hay lecturas que convierten a Erauso en un referente de debates vinculados a cuestiones de identidad y género. Pero más que un simple forzamiento, ese gesto responde a la necesidad de entender los orígenes de problemas que hoy siguen presentes. En ese sentido, hay formas de apropiación que son políticamente significativas. También existen esfuerzos por entender a Erauso en su propio contexto, aunque eso ocurre en espacios académicos más cerrados.

—Esa apropiación, ¿cómo se manifiesta?

—Por ejemplo, «Una Voz para Erauso. Epílogo para un Tiempo Trans», es una instalación artística presentada en un museo de Bilbao en 2022, curada por Paul B. Preciado para el colectivo Cabello Carceller. La videoinstalación tomó como pieza central un retrato de la Monja Alférez y lo puso en diálogo con discusiones contemporáneas sobre género. Lo importante, a mi juicio, es mirar ese ícono en su

complejidad. Si bien puede ser reivindicado como un antecedente para la comunidad queer, no conviene olvidar que se trata también de un soldado español en el contexto de los procesos de colonización y conquista.

Eltit sostiene que la videoinstalación presenta a Erauso como una pregunta abierta que sigue vigente. Su vida, marcada por duelos, fugas y muertes, no es solo un mito, tiene un sólido respaldo documental. En el Archivo de Indias, en Sevilla, se conserva el escrito con el que pidió compensación por su participación en las guerras de Arauco. Para Eltit, no obstante, lo central no es verificar los hechos, sino entender cómo se narran. “La autobiografía mezcla distintos formatos del siglo XVII, entre ellos registros administrativos, religiosos, literarios y judiciales”.

“Erauso es la marca del exceso”

—Cuando se convierte a la Monja Alférez en un ícono, ¿no se termina edulcorando una vida marcada por la violencia, duelos y muertes?



—La modelización icónica de Erauso simplifica, limpia y suaviza su vida. Se trata de una trayectoria que no solo estuvo marcada por violencia, duelo y muerte, sino también por acciones criminales que incluso fueron sancionadas por las justicias de su tiempo. **Hay una forma de rescatar a Erauso que no comparto. Tiene que ver con incorporarlo a una lista de mujeres excepcionales, en un gesto que responde a un feminismo más bien liberal, en tanto evita la crítica al sistema y busca construir genealogías de figuras notables como antecedentes de las mujeres actuales. Esa línea no la comparto, porque no creo que Erauso haya sido una mujer y porque este tipo de listados tiende a invisibilizar la complejidad de cada período histórico y su pluralidad.**

—Pero la lectura heroica sigue siendo la más popular.

—Efectivamente, hay publicaciones que presentan a Catalina de Erauso como una mujer excepcional, valiente o guerrera. Ese tipo de construcción omite una vida atravesada por múltiples crímenes, por los cuales fue llevado ante tribunales tanto eclesiásticos como seculares, incluida la Real Audiencia. Al mismo tiempo, hoy podemos entender que Erauso fue parte de un proceso más amplio de violencia, vinculado al colonialismo y a la conquista del llamado “Nuevo Mundo”. Por eso, el ícono se suaviza. El desafío actual es abordar a personajes como Erauso, Catalina de los Ríos o Inés de Suárez en su complejidad. Es imposible acceder a su verdad en términos absolutos, porque solo contamos con representaciones de sus vidas, pero sí es posible evitar resolver su ambigüedad de forma simplista.

Y agrega que a estos personajes históricos hay que escrutarlos sin idealizarlos: “Podemos reconocer en ellos ciertos gestos de rebeldía, pero sin dejar de entender que sus propósitos vitales, sus acciones y discursos hoy resultan éticamente problemáticos”.

—¿Ves algún paralelo entre la Monja Alférez e Inés de Suárez?

—Si dejamos de ver a estos personajes como mujeres excepcionales, podemos entenderlos como parte del aparato del imperio español en su expansión. Suárez fue una destacada conquistadora, con un conocimiento profundo de las tradiciones bélicas, tanto europeas como locales, como muestran las crónicas sobre la decapitación de caciques el 11 de septiembre de 1541. Por su parte, Erauso también se destacó en el enfrentamiento con los mapuche, lo que fue reconocido con su nombramiento como alférez, tal como se relata en su autobiografía.

—La Monja Alférez no calza en ningún molde convencional. ¿Qué tipo de personaje dirías que fue?

—Creo que sí calza en varios moldes. Por una parte, actualiza el tópico de la mujer guerrera que tiene antecedentes literarios. Además, en las comedias de ese período, el personaje de la mujer vestida

de hombre funcionaba como un lugar común. Por otro lado, su relato sigue la lógica del soldado español que le escribe a la autoridad para justificar su vida. Y en tanto criminal, aparece como alguien que cuenta la historia de su vida para salvarla. La idea de una mujer vestida de varón no era ajena al mundo del Siglo de Oro, ni tampoco a las prácticas de la época.

—Así como se invoca a Diego Portales para hablar de orden y autoridad, ¿qué ideas del presente se están tratando de instalar cuando se rescata a Erauso?

—Hay ciertos personajes que concentran contenidos simbólicos. Rolena Adorno los denomina “íconos culturales”, figuras del pasado que adquieren una dimensión metafórica relativamente fija. En Chile, por ejemplo, Portales se invoca para hablar de orden, Inés de Suárez como la madre o la Quintrala como la bruja. En ese sentido, estos personajes van cristalizando significados que se proyectan hacia el presente.

—¿Y qué pasa con Erauso?

—Erauso es la marca del exceso y suele asociarse a la homosexualidad. Esto admite matices, porque en la autobiografía que se le atribuye hay varias escenas en que aparece en identidad masculina, usando nombres de hombre y vistiendo como tal. Hay dos o tres episodios que se han leído en clave erótica. En uno, por ejemplo, cuando lo expulsan de un lugar por estar hurgando las piernas de unas jóvenes, lo que, bajo la idea de que Erauso sería una mujer, se interpretó como una conducta homosexual. Hoy, en cambio, si se lo piensa como un varón, la lectura tiende a desplazarse hacia lo trans.

—¿Esas lecturas han ido cambiando?

—En el siglo XIX, José Victorino Lastarria escribió «El alférez Alonso Díaz de Guzmán», donde lo presenta como una mujer enamorada de un hombre, es decir, lo heterosexualiza, en línea con la sensibilidad de la época. En cambio, lecturas más recientes proponen miradas más complejas y acordes con sensibilidades actuales. Pero, en definitiva, la idea más concreta que hoy se proyecta sobre Erauso tiene que ver con la homosexualidad o con lo trans. Esa es su marca más persistente en el tiempo.

“La Monja Alférez permite pensar relaciones de poder”

—¿Erauso hoy nos ayuda a entender el siglo XVII o lo estamos usando para discutir el presente?

—A mí me parece que ambas cosas.

—¿En qué sentido?

—El proyecto de investigación que estoy desarrollando tiene que ver con pensar cómo se cuenta la propia vida en el siglo XVII. Erauso permite ver cómo se construye esa vida en distintos registros; por ejemplo, en documentos administrativos como la probanza de méritos y servicios que se presenta ante el rey para obtener una compensación económica de por

vida, que Erauso consiguió. También en la literatura del Siglo de Oro, como las comedias de Juan Ruiz de Alarcón, y en contextos de coerción institucional, cuando el obispo de Huamanga le pide contar su vida.

Según la profesora asociada al Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje (ILCL) de la PUCV, en la causa eclesiástica de 1617 el acusado fue interrogado de tal manera que tuvo que reconstruir su vida paso a paso. Ese procedimiento permite ver cómo se elaboraban estos relatos en el ámbito judicial y ayuda a entender cómo se contaban las vidas en el siglo XVII, además de abrir preguntas sobre el sexo y el género. “Catalina de Erauso optó por usar traje y nombre de varón (Antonio), en una vida que, aunque se ha leído como rebelde, fue autorizada tanto por el papa como por el rey”.

—¿Hasta qué punto la historia de Erauso obliga a repensar las ideas que hoy tenemos sobre sexo y género en el siglo XVII?

—Hay una anécdota en que se cuestiona al papa por haber recibido a Erauso y se le atribuye la frase “dadme otra Monja Alférez”, lo que permite pensar que lo que hoy vemos como categorías rígidas en torno al sexo y el género no lo eran tanto. La idea del dimorfismo sexual es más propia del siglo XVIII que del XVII, y desde la crítica feminista se ha planteado que antes existía un solo sexo-género masculino, donde las mujeres eran vistas como una desviación de ese modelo. Erauso permite pensar relaciones de poder mucho más difusas de lo que solemos suponer. Además, no es un caso aislado. Un siglo antes, está el de Helena o Eleno de Céspedes, cuya vida fue aún más compleja y que fue procesado por la Inquisición. Casos como ese muestran que las ideas sobre sexo y género eran menos rígidas de lo que hoy imaginamos.

—¿Qué conclusiones has sacado?

—Me parece que Erauso ayuda a entender el siglo XVII, al menos respecto a cómo se cuenta la propia vida en ese período, pero también permite ver que, aunque solemos pensar que los derechos avanzan de manera lineal, no siempre es así. La vida funciona más bien como una espiral, con distintos polos, y su historia permite pensar el pasado de forma más compleja.

—¿Y hoy cómo se está usando su figura?

—Hoy se está usando a Erauso para discutir el presente. En el siglo XXI, la cuestión de la identidad de género se ha vuelto central, no solo desde el activismo, sino también como un tema de salud pública, considerando las tasas de suicidio en personas trans. Erauso permite problematizar visiones más rígidas sobre el sexo y el género y abre la posibilidad de pensar el pasado de otra manera. Funciona como un dispositivo que no solo permite repensar la historia, sino también ensayar formas distintas de entender el presente y el futuro.



La trayectoria de la Monja Alférez no solo estuvo marcada por la violencia, duelo y muerte, sino también por acciones criminales que incluso fueron sancionadas”.



La idea más concreta que hoy se proyecta sobre la Monja Alférez tiene que ver con la homosexualidad o con lo trans”.